



Casa rural de Valdemaqueda (Avila).

LA CASA RURAL DEL GUADARRAMA

«Sobre toda la tierra, mejor es la montanna». Así está escrito en el viejo poema del Conde Fernán González, en un sobrio verso que documenta el amor de los hombres de Castilla por las sierras azules tachonadas de blanco que cierran su horizonte, dejándole libre sólo la celeste inmensidad, también azul y blanca.

Las graves sierras castellanas, de apenas mil metros de elevación, pero que, montadas sobre elevada meseta, deshacen los peñascales de sus cumbres bajo la fría zona lindante con las nieves perpetuas, ponen en la psicología de la raza no pocos caracteres de semejanza, á la manera de grandes y elevados espejos en que los hombres estudiaran y aprendieran las virtudes de los montes. Y del mismo modo, en la acción y reacción mutuas de estas dos partes del drama de la vida, la raza deja el carácter de su espíritu en las viviendas humanas construidas en las sierras con los propios materiales de las entrañas de éstas.

De punta á punta de la cordillera, desde el arranque de la Somosierra, entre Guadalajara y Soria, hasta la sierra de San Vicente, en la de Toledo, principio y fin del largo Guadarrama, en pizarras oscuras en el extremo oriental, y en el centro y en el occidental, en rocas cristalinas (granitos, pórfidos, sienitas, todo, á veces combinado, como en un compendio geológico del suelo, que convierte la construcción en un ejemplo vivo del llamado por los naturalistas «mimetismo»), este carácter es el de una casi completa ausencia del conjunto de sentimientos que constituyen lo que llamaríamos «domesticidad» y conducen al hombre al cuidado y embellecimiento de su vivienda.

La casa rural del Guadarrama, es ajena totalmente á pretensiones estéticas, no sólo en el exterior, como la casa moruna, sino en el interior asimismo; falta de todo elemento decorativo y hasta de todo gusto por la comodidad, de todas las condiciones que hoy llamamos «confortables». La vivienda, no sólo del pobre, sino la del rico, de aquel á quien no le falta nada para su bienestar relativo, procura al extraño una rara impresión de desnudez, acentuada por la reducción del mobiliario á la satisfacción de las necesidades fundamentales: el lecho y el escaño, la mesa y el arca, alguna percha. La importancia relativa que estos dos últimos elementos adquieren, aun á expensas de los demás, es toda una revelación del mayor gusto y aprecio que el hombre de Castilla ha sentido siempre por la riqueza mueble, por todo aquello (ropas, joyas, armas, atavíos) que, hembra ó varón, pueden llevar sobre sí, aumentando, incluso á sus propios ojos, el valor de la personalidad, oculta ambición de todos. Nadie, que sepamos, ha analizado mejor este carácter castellano, que el catalán D. Pedro Corominas, en sus conferencias del año pasado sobre «el sentimiento de la riqueza en Castilla», pronunciadas en la Residencia de Estudiantes.

Las nuevas generaciones viven ya en otro tono; pero en los pobres pueblos perdidos á la sombra de las montañas, durmiendo bajo ellas, como el poeta entre los



ARQUITECTURA RURAL.

COCINA DE UNA CASA AL-
DEANA EN ARENAS DE SAN
PEDRO (AVILA).





COCINA DE LA POSADA
DE LA CEREDA,

ARQUITECTURA RURAL.

senos de la hermosa gigante, en el soneto de Baudelaire, quedan aun en pie las viejas casas hidalgas que ilustran este aspecto del alma singular de Castilla y que serían, en verdad, bien poco agradables si á menudo, entre sus paredes desnudas, su desmantelamiento general, sus tristes dormitorios, concebidos, puesto que el sueño es imagen de la muerte, al modo de tumbas, negras y estrechas, no halláramos el ejemplo y el trato de gentes sanas y fuertes, irradiando una grave hermosura moral, sin frases y sin gestos, como sin saberlo.

Los mejores ejemplares de estas casas inatractivas, mansión de almas tan interesantes, por el contrario, se hallan en la vertiente septentrional del centro y del extremo oriental de la cordillera, como si los caracteres de la raza se acentuaran tanto más cuanto más alta viviera, y, por el contrario, se atenuaran al bajar de una á otra meseta y al alejarse, con los largos ríos principales (Duero y Tajo), hacia el Oeste, con el lento descenso del relieve entero del terreno. Y este hecho daría la razón, por lo menos aparentemente, á los que ven en las condiciones geográficas (la altiplanicie castellana, que es la más elevada de Europa), la explicación del carácter de la raza, forjado á la ruda intemperie de su seco clima continental que alterne el hielo y el fuego en sus estaciones, viviendo al aire libre, sin cuidado de comodidades ni apenas gusto de la casa, para la cual sólo la piedra de armas, símbolo de la individualidad transmitiéndose y fijándose en el linaje, es elemento decorativo, aunque tratado, de ordinario toscamente.

Pedraza de la Sierra, en tierra de Segovia, nido de hidalgos puesto desde remotísima antigüedad en la altura de un cerro ante la Sierra que se deprime en el Puerto de Navafria ó Lozoya, es, tal vez, el lugar que muestra los más numerosos y mejores ejemplares de construcciones serranas, en un tipo que diríamos elevado, nobiliario; así como El Espinar ó las Navas del Marqués, ambos en la Sierra de Malagón, en un tipo medio; y en el tipo popular, el más interesante, ciertamente, cualquiera de las aldeas más pequeñas, pobres y aisladas de los caminos actuales. Señalemos, por ejemplo, en Valdemaqueda, en medio de los pinares que se extienden por la margen izquierda del Cofio, hasta la desembocadura en el Alberche, la curiosa casa, hecha con el granito de la Almenara, que sobre la piadosa invocación á Jesús, José y María, puesta encima del dintel, lleva un reloj de sol con su simplicísimo gnomon de hierro. ¿Quién fué el desconocido fundador á quien, por excepción, importaba tanto el tiempo? Pobre é inculto, no supo añadir la vieja leyenda: «Vulnerat omnes, ultima necat.» Pero seguramente las horas no le perdonaron, y una tras otra, en su carrera veloz, le asaetearon hasta la última, que le remató más piadosa.

El largo invierno de la sierra reúne en torno del hogar á la familia entera para todas las ocupaciones de la jornada. A medida que el sol avanza hacia el solsticio invernal, la casa se diría que va reduciéndose poco á poco á la pieza del fuego, bajo la campana y la piedra del hogar, en los gélidos días de Enero. La cocina, por consiguiente, es en la casa de la Sierra la habitación más interesante é importante; pero aun así, obedeciendo al carácter general, no raras veces descuidada.

¡Oh, recuerdo de las noches otoñales cara á las llamas en la cocina de las viejas casas «rupestres» (perdonad el mote), de la dehesa de la Cepeda, en los altos de Malagón, próximos al famoso Campo Azálvaro, cuando aún rumiaban las reses, bajo las claras estrellas! De ordinario, mientras el hombre de los montes fríos recita en soliloquio interior las jaculatorias del fuego, ante las llamas proteiformes que brotan de la leña y de las teas, el humo le envuelve en su atmósfera azul, irritando sus membranas, y un soplo de aire sutil viene insidiosamente á herirle la espalda encorvada.

Ciertamente hay muy simpáticas cocinas en la Sierra. Sea testigo esta de Arenas de San Pedro, aunque Arenas se encuentre ya fuera enteramente del Guadarrama, en plena Sierra de Gredos, «la blanca»; cocina que ofrece la desconcertante extrañeza, mezcla de alegría y compasión, de un arbusto viviendo bajo techado, al breve rayo de sol de una estrecha ventana.

Pero como si obedeciera á un raro refinamiento de hospitalidad, me ha parecido ver las cocinas mejor acondicionadas, relativamente, instaladas en las ventas de los viejos caminos reales y en las posadas de los pueblos puestas en las encrucijadas de antiguos tráficos perdidos.

De estas últimas, la más interesante es, sin duda, la de la aldea de la Cereda, al lado de allá del Puerto del mismo nombre, en el centro del «camino de cureñas» que enlazaba el Monasterio del Escorial con las Navas del Marqués y con la tierra de Avila, azul y fría, entre las sierras pedregosas. Hubo entonces, cuando el Monasterio del Escorial se elevaba poco á poco, como una granítica vértebra más de la Carpetana, cierto acarreo de preciosos pórfidos, de yacimiento ya agotado ó perdido, al otro lado de la Sierra, y, sin duda, con esta ocasión se construyó la posada actual en la proximidad del Puerto, al modo de las ventas de los grandes caminos, como en el del Puerto de Guadarrama, vía maestras de las Castillas; la de Gudillos, la del Cornejo, que albergó dos veces al donoso Arcipreste, y la de Cepones, ya arruinadas enteramente. Y, sin duda, la aldea nació también al amparo de la venta, como en nuestro tiempo, otra aldeita próxima á la de la Cereda, que soporta el Cerro de San Benito. La Paradilla se formó con los hogares de una brigada de obreros, cuando al tenderse la línea férrea del Norte fué preciso horadar la montaña entre la estación de Robledo de Chavela y la de Santa María de la Alameda. La vieja posada de la Cereda conserva, todo intacto, su gran cocina de hogar, si no central, como la de Lozoya, avanzado hacia el centro, bajo la enorme campana, envuelto en tres de sus lados por un poyo de piedra. Sus desmesuradas dimensiones de longitud y anchura reducen aparentemente la elevación del techo, ennegrecido por humos centenarios que obscurecen el interior, sólo relativamente bien iluminado por una ventana única, al declinar el sol más allá de la verdinegra cumbre gneí-sica del San Benito, que entonces se dora y enrojece. En el día, para tan minúscula aldea, de sólo doce á catorce vecinos, la posada de la Cereda, puesta sobre un camino muerto, es un anacronismo olvidado que descubre á los extraviados y á los rebuscadores una expresión instantánea del estado de alma del viandante ante el paso de un puerto peligroso y después de él en nuestra Sierra bien amada.

CONSTANCIO BERNALDO DE QUIRÓS.

